

A propósito de un libro basado en la teoría de la identidad del vasco y el ibérico

0. Recientemente ha publicado J. Faus una breve nota (FLV 20, 247, s.) sobre una inscripción en caracteres ibéricos escrita sobre el borde de una vasija encontrada en Jaén: UONIOSKEKUN. Este texto correspondería al vasco OONIN OXKEKUN y significaría 'ladrón marcado'. La explicación de Faus, que está lejos de convencernos, nos recuerda, por el bien conocido fondo teórico que encierra, una amplia publicación de Francis J. Carmody, *L'Espagne de Ptolémée. Toponymie pré-romane. Étude linguistique*, Berkeley, California 1973, 186 páginas y un mapa.

Queremos presentar a los lectores de FLV esta obra de ambicioso título.

La Introducción (pp. 11-14) nos revela el método seguido y nos informa sobre los fines del libro: Identificar «chaque toponyme classique en nommant la ville péninsulaire qui en occupe le site et, dans les paires de noms ainsi déterminées, de chercher le substrat pré-classique» (p. 11). Para ello se sirve del material ofrecido por: A) el parecido gráfico; B) el lugar del hallazgo de inscripciones; C) las alusiones de historiadores; D) las coordenadas de latitud y de longitud anotadas por Ptolomeo; E) las distancias indicadas en los itinerarios romanos.

Las consideraciones lingüísticas se basan en la teoría de que «certains indigènes parlaient ibérique, la langue à laquelle remonte le basque, et que j'appelle ibéro-basque pour éviter toute méprise» (p. 12).

La bibliografía que utiliza es muy reducida, ateniéndose más a las fuentes que a las interpretaciones, por parecerle impropio «reprendre la kyrielle de solutions rapportées par Müller pour en contester certaines et en approuver d'autres». Además deja de lado todo estudio que se apoye en la tesis de que «le basque ne remonte pas à l'ibéro-basque, ni sur la thèse que tout toponyme chez les Arevaci et les Carpetani est nécessairement celtique».

1. Los principios A-E, implícitos también en otros trabajos de ese tipo, cual la edición de Müller, son una sólida base de estudio.

La ecuación vasco = ibérico podrá parecer más o menos apta para fundar sobre ella una investigación, según el parecer que se tenga al respecto; pero no tenemos por qué desechar a priori un enfoque de ese tipo, mientras no esté solucionada la cuestión del vasco-iberismo.

Puestos en la alternativa de elegir como punto de partida para nuestro estudio las fuentes o las interpretaciones, nos decidiríamos por aquéllas también nosotros; aunque en este caso no vemos por qué ha de ponerse esa alternativa. Carmody pretende realizar un estudio científico, y no un manual; esperaríamos por tanto una indicación, somera al menos, de la opinión de críticos anteriores. Respecto a la ubicación de los topónimos antiguos y su identificación nos gustaría hallar constancia del parecer de Müller v.g.; en cuanto a las explicaciones etimológicas, desearíamos saber en qué casos coincide la opinión del autor con la de estudiosos anteriores, a no ser que se trate de lugares comunes. De ese modo sería más fácil valorar justamente la contribución del nuevo análisis.

A la observación de que los «Celtisants» cambian la -M- de OILAMES en -N- «pour appuyer leur thèse, et pour éliminer *ume* = *enfant* du jeu» (página 14) no hay que darle mayor importancia¹.

2. El trabajo está dividido en cuatro capítulos:

I. *Los testimonios clásicos* (pp. 15-26), donde se trata de la Geografía de Ptolomeo y el modo de interpretar sus datos, de Plinio, de los Itinerarios romanos, del CIL y de fuentes medievales en relación con los topónimos.

II. *Problemas lingüísticos* (pp. 27-44), con temas tan variados como el alfabeto griego, toponimia gala, narbonense, aquitana, el texto «iberovasco» de Sagunto, el tartesio, las inscripciones celtas, fonética histórica vasca, los *Apellidos Vascos* de Michelena, etc.

III. *El repertorio ptolomeico* (pp. 45-115), donde se comienza con los nombres de los ríos y montañas para continuar con los de tribus y ciudades de las diversas regiones de la Península.

IV. *Los itinerarios romanos* (pp. 117-151), de Narbona por la costa de Levante hasta Elche, de Zaragoza y Pamplona a León y Astorga, etc.

Al índice de los Itinerarios (p. 153) sigue la Bibliografía (p. 154), un glosario vasco de voces que el autor relaciona con nombres de lugar (pá-

¹ Reproducimos numerosas citas en francés para que quede reflejada con más exactitud la opinión, no siempre matizada (cf. *chaque, nécessairement*) ni libre de emociones (cf. *la kyrielle, Celtisants*) del autor.

ginas 155-160), para concluir con un índice de nombres propios con la indicación de la fuente clásica y con referencia a la explicación que el autor da en el libro (pp. 163-186).

Cierra el libro un mapa de la Península, diseñado según los datos de Ptolomeo.

3. Resulta difícil separar el grano de las granzas en este estudio donde no puede negarse que ha sido invertido mucho trabajo.

En la labor de identificación o, mejor dicho, localización, de los nombres antiguos parece que Carmody se desenvuelve con soltura, dando alguna identificación que falta en Müller; pero no tenemos material disponible para poder juzgar de los méritos o defectos de este aspecto del trabajo.

El índice tiene la ventaja práctica de permitirnos encontrar el pasaje clásico donde se menciona tal o cual nombre propio relacionado con la toponimia de la Península Ibérica.

La utilidad del glosario, basado en el diccionario de Lhande, no pasa de mediana.

La labor más amplia está dedicada a la explicación etimológica de los nombres propios, y aquí es donde no salimos de sorpresas. El mundo ibérico ha debido de ser —¿y por qué no?— muy distinto del nuestro; tan distinto que nos resulta incomprensible: un topónimo significaría «lieu tournant du feu» (p. 53), otro «trois a chacun» (p. 52), otro «la mère des colombes» (p. 54) otro «fait par les enfants du coq» otro «la conteneue de la cavitée de la renommée» (ib.), otro, «la sainte hostie» (ib.).

No podemos hacer responsable de estas etimologías sólo al deseo de aplicar la teoría del vasco-iberismo, ya que Carmody no perdona tampoco a las explicaciones tradicionales basadas sobre ella. Así por ejemplo *Illiberis*/Elvira de la que tanto se ha escrito y que ha sido relacionada con *iri* + *berri* 'Villanueva, Neustadt' etc., «peut dire 'arrêt (*bara*) de la mort'» (p. 89). *Illiberis* de la Narbonense significaría en cambio 'l'étable (*barr-*) du troupeau (*eli*)'. Como argumento aduce la coincidencia *Illiberis*/*Ad Stabulum*/Elna del Itinerario, y el hecho de que «l'idée du cheval est très répandue sur la côte E.: Le Cabo de Salou sur la Punta del Caball s'appellait Salauris = enfants (*aurr*) du cheval (*zal*)» (p. 126). Esta interpretación recuerda la de la p. 42, donde prefiere para *Ulibarri* la interpretación 'l'étable des mouches' a la de 'la ville nouvelle'. Ahí mismo leemos que *Olaechea* es 'la casa de las moscas' y que *Las Irlas* de junto a Tarragona sería 'las abejas' (*erle/erla*), cuyo antiguo nombre *Oleastrum* designa no «la plante mais 'enfant (*ume*) du miel (*esti*)' ou 'de la cuisse (*isterr*) des

mouches', del mismo modo que *Olérdola* sería 'lieu (-ola) accouchant (*erdi*) de mouches».

Estas relaciones etimológicas abundan a lo largo del libro: ya en la Introducción (p. 12) encontramos, como muestra de lo que nos espera, que *Timalino* corresponde a *tximal* 'flétri', y que es la ciudad que Ptolomeo llama *Talamine*, o sea 'malheur (-min) de la destruction (*tala*); allí mismo nos advierte que *Asturica* «correspond à *asturu* + *iga* lettre par lettre selon les règles de la composition», y que significa 'la montée (*ike/iga*) du malheur (*asturu*)'. Ante tal evidencia en vano apelaríamos al parecer de que *asturu* está relacionado con el latín *astrum*, con significados afines al del vasco e.g. en varias lenguas románicas (cf. REW 746s., 749), o que *tala* tiene que ver con el germánico *tālōn* y con las formas románicas *talé*, *taló*, *talar* etc., cf. REW 8544a.

También es vana nuestra opinión de que *barkatu* 'perdonar' tiene que ver con el latín *parcere*, pues encontramos esa palabra vasca nada menos que en la etimología de *Barcino*, Barcelona (p. 42); *kabesu* 'brida' o sea 'brida', ('cabestro') figura, claro que como palabra vasco ibérica, en la inscripción monetaria CABASORIU que tendría que ver, como otras varias, con la corrida de toros (p. 90).

Saelices sería *sai/zale* 'buitre' e *ike* 'subida' (p. 97) o, según leemos a propósito de la etimología de *Segóbriga*, algo así como *xahal* = *veau*, ou une abstraction comme *zail* = solide ou coriace, *zale* = envie ou désir, ou *zail/zaka/saiki* = vorace, que Lhande semble considérer le trait caractéristique de *sai* = vautour (p. 111).

La base *bizkar* 'loma' es semánticamente idónea para explicar nombres de lugar, pero su aplicación a *Baitirrai/Baiterris/Béziers* se pasa a la torera la fonética. *Okelu* 'étable ou demeure' sería aceptable en cuanto a fonética y semántica para *Ocelo* (*Duri*); la comparación con *Albocela* y más aún con *Ocelum* de Britannia y con «*Ocelum ad Dorian fluvium in Alpibus Cottiis*» (cf. el comentario de Müller, Libr. II, cap. 5, 7) hacen desechar esa explicación.

No queremos seguir sacando ejemplos de etimologías absurdas, para que nadie piense que damos importancia a esas elucubraciones, en las que tenemos más de una vez la impresión de que el autor está simplemente tomándonos el pelo. Lo que al principio de la Introducción parecía que iba a tomar buen rumbo ha terminado por ir a la más incontrolable deriva. Lo interesante es que esos desvaríos tienen su origen en parte en las fuentes, y en una idea que, aplicada con precaución, pudiera resultar fecunda en buenos frutos: la teoría de que la añadidura del nombre latino al indígena pudiera implicar una interpretación del tipo *glossa/lingua*, e.g. *Barcino cog-*

nomine Faventia o *Astigitana colonia cognomine Augusta Firma* (p. 90). ¿Pero cómo se puede llegar, aunque coincida *Duos Pontes* con *Pontevedra* a explicar este nombre de ciudad por medio de *bedera* = *chacun un*? (página 137). ¡Menos mal que en el glosario, s. *bedera* se alude, entre paréntesis y con interrogante, también a *vetus*!

4. El autor se ha enfrentado con un tema sumamente atractivo, pero lleno de escollos y peligros aún para quien dispone de un sólido bagaje filológico. Tanto más para quien desconoce o descuida las más elementales leyes o normas fonéticas y semánticas, que debieran ser una medida de seguridad, aunque molesta a veces, y —ofuscado por una idea preconcebida y llevada al extremo— hace caso omiso de estudios anteriores. De este modo llega a proponer soluciones originales, pero indiscutibles las más de las veces, para problemas no resueltos todavía; o, peor aún, encuentra soluciones nuevas pero insostenibles para problemas ya resueltos de manera plenamente satisfactoria.

De ello ha resultado un libro en el que predomina casi absolutamente lo negativo y que, desde luego, no presta ningún servicio a la teoría del parentesco entre el vasco y el ibérico, a menos que se tome como escarmiento y no como modelo.

Francisco Javier OROZ

